

From the Pastor's Desk

"No slave can serve two masters." (Luke 16:13)

This Sunday's gospel challenges us to a full commitment to following God's will.

Our choices regarding the best use of our time are either directed to God's pleasure or to our own. The master we serve at any one time depends on the choice to which we give preference and authority: acting to do God's will and pleasure or acting to do our own will and pleasure.

Always serving God's will before our own can be a challenge. As we know, nobody, except for Christ and his mother, has ever managed to always choose God's will and pleasure over his or her own.

That being said, choosing our will over God's will is not inevitable, it is not part of our nature. Nevertheless, each of us, at some moment in his or her life, has gone against the Divine will in favor of his or her own will. We call this activity sin and regard it as a distancing, and possible separation, of oneself from God's life.

As Christians we know God to be merciful and always ready to forgive our weaknesses and our failings. We understand our Christian life to be one of constant conversion and struggle as we sincerely attempt to cooperate with God's will and pleasure, his grace. We want to die to ourselves so that we might live in Christ.

This dying to ourselves and living in Christ occurs when we allow Christ to be the master of our lives. We cannot sometimes choose to follow God's will and at other times choose to follow our will instead of God's. Such ambivalent behavior risks a further distancing, or possible separation, from God, as we lose sight of our ongoing and ultimate goal, God's love and life.

Our greatest hope and happiness come from God. We don't want our failings and weaknesses to guide us or allow us to place our will in competition with God's will.

Instead, we want our failings and weaknesses to recall us more to God's mercy and his saving grace, to commit us ever more to our one true Master.

-Fr. Brian Kean

Desde el escritorio del Párroco

"Ningún esclavo puede servir a dos amos". (Lucas 16:13)

El evangelio de este domingo nos desafía a un compromiso total de seguir la voluntad de Dios.

Nuestras elecciones con respecto al mejor uso de nuestro tiempo están dirigidas al placer de Dios o sí mismo. El amo quien servimos en un momento dado depende de la elección a la que damos preferencia y autoridad: actuar para hacer la voluntad y el placer de Dios o actuar para hacer nuestra propia voluntad y placer.

Siempre servir la voluntad de Dios antes que la nuestra puede ser un desafío. Sabemos bien, nadie menos Cristo y su madre, ha logrado elegir siempre la voluntad y el placer de Dios sobre él de sí mismo.

Ahora bien, elegir nuestra voluntad sobre la voluntad de Dios no es inevitable, no es parte de nuestra naturaleza. Sin embargo, cada uno de nosotros, en algún momento de la vida, hemos actuado contra de la voluntad Divina a favor de nuestra propia voluntad. Llamamos esta actividad, pecado y la consideramos como un alejamiento y posible separación de uno mismo de la vida de Dios.

Como cristianos, sabemos que Dios es misericordioso y siempre está listo para perdonar nuestras debilidades y nuestras faltas. Entendemos nuestra vida cristiana como una de constante conversión y lucha mientras intentamos sinceramente cooperar con la voluntad y el placer de Dios, su gracia. Queremos morir a sí mismos para poder vivir en Cristo.

Este morir a sí mismos y vivir en Cristo ocurre cuando permitimos que Cristo sea el dueño de nuestras vidas. No podemos elegir seguir la voluntad de Dios a veces y otras veces elegir seguir nuestra voluntad en lugar de la de Dios. Tal comportamiento ambivalente corre el riesgo de un mayor distanciamiento, o posible separación, de Dios, ya que perdemos de vista nuestro objetivo final y continuo, el amor y la vida de Dios.

Nuestra mayor esperanza y felicidad provienen de Dios. No queremos que nuestras fallas y debilidades nos guíen o nos permitan poner nuestra voluntad en competencia con la voluntad de Dios.

En cambio, queremos que nuestras fallas y debilidades nos llamen más a la misericordia de Dios y a su gracia salvadora, para comprometernos cada vez más con nuestro único y verdadero Maestro.

-Fr. Brian Kean